

LA CONFIGURACIÓN DE LA “NUEVA MUJER” EN EL DISCURSO DEL NACIONALISMO HINDÚ

Beatriz Martínez Saavedra

En este ensayo me interesa analizar el proceso de reformulación de la figura femenina en el discurso nacionalista hindú, así como observar las características de la “nueva mujer” a la luz de los cambios sociales y políticos de la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Para llevar a cabo tal observación son varios los factores en los que debe repararse. Por un lado, la idea colonial de la mujer como depositaria de la tradición, es decir, como receptáculo y parámetro de medición del grado de desarrollo o civilización de una cultura determinada. Por otro lado, también está el factor referente a los debates en torno a la educación de la mujer y las características que ésta idealmente debía poseer y en estrecha vinculación con este elemento, está la creación y uso de estereotipos que servían también como una manera de medir la superioridad de la nueva mujer india, en oposición a la mujer occidental, y la superioridad del hombre nacionalista hindú en oposición a su contraparte musulmana. De igual forma otro elemento que es imprescindible abordar es el que se refiere al papel y funciones que la mujer debía de tener dentro de la sociedad, papel que le permitió, por concesión de lo que Chatterjee llama el nuevo patriarcado, salir de la esfera doméstica a la que se le había confinado tradicionalmente para participar de manera activa en el ámbito público y social. En suma, lo que aquí abordo es la articulación de una figura femenina que se adecuara a las condiciones de reacomodo social y político existentes en las que se manifestaban tensiones muy claras pero no únicas, entre las tendencias modernizadoras y tradicionales, nacionalistas y coloniales que configuraban a la nación incipiente.

Para aproximarme al discurso nacionalista hindú es necesario observar las construcciones de la historiografía colonial acerca de la civilización india. En este punto

es importante reparar en la obra de James Mill, *The History of British India*, en la que el autor se refiere a la significación de la mujer dentro de su sociedad. Del seno del pensamiento utilitarista se originó la relación entre civilización y el estatus de la mujer, y justamente para Mill la mujer era el parámetro que medía el grado de civilidad de las naciones así, el autor afirma que entre los pueblos bárbaros las mujeres son generalmente degradadas, y entre los pueblos civilizados son exaltadas.¹ Según las percepciones de los colonizadores británicos la mujer de la India se hallaba en una situación de opresión y se cometían muchos atropellos en contra de ella –la inmolación de la viuda, infanticidio femenino, el matrimonio infantil, entre otros- hechos que además se encontraban validados en las escrituras sagradas y en las prácticas rituales de la civilización india y aunque estas escrituras fueran destinadas a grupos de estatus elevado, los críticos británicos las interpretaron como destinadas de manera extensiva a toda la sociedad, es decir, que dieron por sentada la hegemonía de los textos religiosos brahmánicos y la sumisión social incondicional hacia éstos.² Así los colonizadores al mostrar simpatía por el asunto femenino se dieron a la tarea de echar a andar una “misión civilizadora” que además sustentaba a la empresa misma de la colonización que entonces, se hacía necesaria ante el reconocimiento de las atrocidades cometidas contra las mujeres. Este reconocimiento les permitió a los británicos afirmar su “modernidad” en oposición al “atraso y barbarie” de la sociedad india, les permitió asimismo asumir un rol paternalista al erigirse como los protectores de ese sector tan desvalido. Ante este panorama, la cuestión de las mujeres se convirtió en la palestra de batalla del estado colonial y los reformadores nacionalistas hindúes.

¹ Sucheta Mazumdar, “Moving away from a secular vision? Women, nation, and the cultural construction of Hindu India”, en Valentin Moghadam, *Identity, politics & women. Cultural reassertions and feminisms in international perspective*, Bolder, Westview Press, 1994. p. 254

² Partha Chatterjee, “La nación y sus mujeres”, en Saurabh Dube, *Pasados poscoloniales. Colección de ensayos sobre la nueva historia y etnografía de la India*, México, El Colegio de México, 1999. p. 406

De este modo, y en torno a esta idea destaca entre las agendas de los primeros reformadores del siglo XIX el asunto de la educación de la mujer. Si bien en un inicio las demandas en torno a la situación femenina son más radicales con personajes como Rammohan Roy y su campaña en contra de la inmolación de las viudas o como Vidyasagar y sus esfuerzos por legalizar el matrimonio para las viudas, hacia las últimas décadas del siglo XIX hay una reformulación de las demandas y las percepciones de los nacionalistas, las cuales tuvieron que ver con los modos en como se percibía la modernidad cultural en Occidente. De acuerdo con Partha Chatterjee el nacionalismo distinguió la cultura en dos ámbitos, un dominio externo y un dominio interior, es decir, un dominio material y uno espiritual.³ El primero se refiere a la economía, al estado, a la ciencia y la tecnología en el que Occidente había demostrado su superioridad y Oriente había sucumbido. El segundo ámbito, el espiritual es el que posee las marcas esenciales de la identidad cultural y es justo el que los nacionalistas intentaban preservar porque además se trataba de una esfera en la que Oriente se asumía superior. Así la tarea histórica del nacionalismo fue la insistencia en la diferenciación cultural de Occidente. De éste se tomarían algunas cosas, las relativas a la organización de la vida material, pero las reformas a las costumbres y tradiciones tenían que hacerse conservando la esencia espiritual de la cultura india nacional, en la que las formas culturales occidentales no debían tener injerencia. Por eso, el proyecto de educación para las mujeres se realizaría de manera que éstas no recibieran influencias nocivas de Occidente.

Las discusiones en torno al tema educativo incluían la idea de que la educación se había fomentado entre las mujeres desde la India antigua y que además esto era

³ -----, *The Nation and its Fragments*. Princeton, Princeton University Press, 1993.

positivo.⁴ También se discutía cómo las mujeres, pero de clases respetables, podían aprender a leer y escribir sin afectar su casta y su honor y asimismo se establecían las virtudes femeninas de las mujeres educadas, a saber, la modestia, el decoro y sobre todo la preservación del lugar que por antonomasia expresaba el valor espiritual de la cultura nacional, es decir, el hogar. Aquí la mujer tenía que conservar los baluartes de su civilización y su conducta femenina se definía en clara oposición a la de las mujeres que no compartían sus características sociales, porque como expresa Tanika Sarkar, el reformismo nacionalista era celoso en su labor, y no sólo se cuidaba de la influencia del colonizador en el ámbito cultural interno sino que operaba dentro de márgenes sumamente restringidos, incluso dentro de sus contornos de clase media.⁵ Es en esta parte que entra a colación el uso y manejo de estereotipos que funcionan como parámetros que delimitan las identidades de los diversos actores. Así, la nueva mujer se iba a medir en oposición a la mujer occidental y a la mujer de casta baja, ésta última considerada vulgar, tosca, carente de moral, promiscua y oprimida por la fuerza física de los hombres. Por su parte, en la literatura de la época se parodiaba la figura de la mujer occidental y aún más, el afán de algunas mujeres por imitarla, así la *mamsaheb*, es decir, la mujer blanca y extranjera era configurada como ambiciosa, deseosa de lujo, como despreocupada por el hogar y que además buscaba competir con el hombre en terrenos que no le correspondían. Pero no sólo los hombres del proyecto reformista delineaban el contorno de la nueva mujer en estos términos, también las escritoras del siglo XIX aludían a las virtudes que las mujeres debían poseer y que estaban en perfecta consonancia con las sostenidas por su contraparte masculina, entre otras, la castidad, la

⁴ En el ensayo *Striganer bidya siksa* de Tarasankar Sharma de 1851, el autor hacía referencia a la educación femenina hindú en la India antigua. Chatterjee, “La nación...”, p. 414. Y una muestra de la acogida de esta idea puede percibirse en las consideraciones que los intelectuales de Calcuta tenían de Pandita Ramabai, a quien consideraban como la encarnación del ideal de mujer instruida de la India antigua. Uma Chakravarti, *Rewriting history. The life and times of Pandita Ramabai*, Nueva Delhi, Kali for women, 1998, p. 307

⁵ Tanika Sarkar, Tanika Sarkar, “Su libro, su vida. Autobiografía de una mujer del siglo XIX” en Saurabh Dube, *op.cit.*, p. 295

abnegación, la sumisión, la devoción, la paciencia y el trabajo doméstico. Así un nuevo patriarcado entraba en escena, se configuraba así mismo y a la figura de la nueva mujer que debía ceñirse al modelo que de ella se construía. No podemos hablar de un discurso patriarcal monolítico hegemónico, pues son evidentes las voces discordantes que en él se erigieron, la de los ortodoxos hindúes y la de los reformadores nacionalistas y asimismo, las voces de las mujeres que lo acogieron pero también las de aquellas que lo cuestionaron pero que ahora no habré de tratar aquí.

En la medida en que se aceptaba el establecimiento de un proyecto educativo para la mujer y que se creía que las mujeres no se verían amenazadas por la influencia negativa occidental se dio una expansión importante de los centros educativos para niñas en Bengala y de igual forma, las mujeres también empezaron a figurar en la esfera de la educación formal superior. No obstante, no hubo una aceptación incuestionable del proyecto educativo, en el aire estaba el planteamiento de si la educación de la mujer acaso no representaba sucumbir ante la colonización británica.⁶ Como parte del proceso pedagógico femenino, empezó la circulación de textos didácticos para mujeres como los manuales de “ciencia doméstica” los cuales versaban en contenido desde cuestiones concernientes con la higiene y la enfermedad pasando por cuestiones de administración de la casa y el trabajo doméstico hasta cuestiones de relaciones familiares y discusiones acerca de la forma de educar a los hijos.⁷ Estos textos también constituían un espacio en el que el nuevo patriarcado del nacionalismo reconfiguraba las costumbres, las reglas y las prescripciones destinadas a la mujer.

De este modo, una vez que se establecieron los rasgos espirituales que la mujer debía ostentar, los cuales, como señala Chatterjee, debían manifestarse en su forma de vestir, en sus hábitos alimenticios, en su forma de conducirse socialmente y por supuesto, en

⁶ *Ibid.*

⁷ Judith E. Walsh, “What women learned when men gave them advice: rewriting patriarchy in late nineteenth century Bengal”, en *The Journal of Asian Studies*, vol. 56, no. 3, 1997. p. 648

su religiosidad, entonces las mujeres pudieron salir del ámbito doméstico que tradicionalmente les había sido asignado.

Sin embargo, la cuestión de la educación de las mujeres no implicaba una acción de educar por educar, se trataba de un proyecto que redundaría en el bienestar y en el mejoramiento de la nación. Y en este punto, resulta de particular interés observar algunos de los modelos de mujer que se enarbolaron como paradigmas en el movimiento nacionalista. Si hemos de resaltar las características esenciales tenemos que fuera de la esfera doméstica la mujer tenía que ser heroica y disciplinada, lista para salir de casa y asumir la defensa de la nación en el ámbito público. En diferentes episodios históricos y leyendas de la India había diversas figuras femeninas a las que podía aludirse y de hecho, se aludió como ejemplares, entre ellas las *viranganas*, mujeres heroicas que poseían habilidades marciales y un gran valor y fuerza en la batalla.⁸ Ahora la nueva mujer tenía que estar al lado del hombre en la lucha por el nacionalismo. Pero se trataba también de un hombre nuevo que se definía en clara oposición no sólo a la figura del colonizador, sino a su contraparte musulmana, de la que Mill expresaba que tenía un rasgo de mayor masculinidad, en comparación con los hindúes que eran un tanto afeminados y que además oprimían a sus mujeres. Ante este constructo, en el que se resaltaba la femineidad de los hindúes se anexa al discurso nacionalista un esfuerzo por disipar esta imagen delineando también una nueva masculinidad hindú cuyas características serían concomitantes con las de la mujer del discurso nacionalista.

De esta forma, esta otra imagen de mujer fuerte se oponía a todas luces a la figura femenina esbozada por los colonizadores británicos, es decir, aquella figura de mujer pasiva, sometida, victimizada y desvalida que necesitaba ser rescatada de su

⁸ Nancy Martin-Kershaw, "Mirabai in the academy and the politics of identity", en Mandakranta Bose, coord, *Faces of the feminine in ancient, medieval and modern India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2000. p. 168

opresión.⁹ Mujeres como Sita, Mira, Padmini, Hadi Rani y otras, fueron prácticamente canonizadas a la vez que devinieron en paradigmas de la mujer como defensora de la “madre patria”. Sita, la heroína del *Ramayana*, se asumió como modelo total de *pativrata*, es decir de esposa devota, según una de las versiones de esta figura. Mira, por su parte, adoptada por el discurso nacionalista gandhiano devino en una heroína cultural hindú pan-india y Padmini y Hadi Rani daban cuenta de los niveles de sacrificio de las mujeres por el bienestar de sus esposos. Un elemento importante salía a la luz y era que la nación tenía un género y se trataba del género femenino. Las mujeres, entonces, se concibieron como diosas, como depositarias de la esencia nacional espiritual cuya moralidad, comportamiento y papel en la historia debía adecuarse a la imagen por ellas encarnada, a saber, la imagen de la nación misma.¹⁰

En el nacionalismo gandhiano por ejemplo, ya se ve acreditada en su totalidad la participación de las mujeres en la política nacionalista. De acuerdo con Purnima Mankekar, Gandhi respetaba la dignidad personal de las mujeres como individuos a la vez que no minimizaba sus papeles de madres y esposas, y además proclamaba que ellas tenían un papel importante en la lucha por la justicia social y la libertad.¹¹ Asimismo, Gandhi proclamaba que la fortaleza espiritual superior de la mujer había de constituir la base para la articulación de la sociedad india. Se refería a las mujeres no como objetos de reforma o blancos de ayuda humanitaria sino como sujetos conscientes que podían devenir en árbitros de su propio destino. Así, el nacionalismo de Gandhi glorificaba la posición de la mujer en el hogar, pero también enaltecía la figura de la mujer patriótica india que canalizaba su energía en el servicio de la nación. Sin embargo, un elemento no excluía al otro, dado el paralelismo existente entre las construcciones de hogar y nación,

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Mazumdar, *op. cit.* p. 258

¹¹ Purnima Mankekar, *Screening culture, viewing politics: television, womanhood and nation in modern India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1999. p. 108.

es decir, el hogar no como sitio complementario sino como el espacio primigenio en el que se lanzaba el proyecto nacionalista.¹²

De esta forma, la mujer nueva del discurso nacionalista ampliaban su radio de acción y sus actividades se diversificaban, ya no se le recluía al ámbito exclusivamente doméstico pero aún el estar allí tenía gran trascendencia porque era en este espacio privado donde debía mantenerse intacta la esencia cultural india y lejos del influjo pernicioso de Occidente. Asimismo, la mujer podía salir de su casa y esto era absolutamente necesario cuando la actividad fuera del hogar se trataba de la defensa de la nación. Si bien es cierto que la casa era el lugar principal para desplegar las cualidades espirituales de la cultura nacional y las mujeres debían asumir la responsabilidad principal de proteger y cuidar estas cualidades, también es cierto que su movilidad de la esfera doméstica quedaba sancionada por el discurso del nuevo patriarcado en el que destellaba como elemento relevante el trinomio de modernidad-mujer-nación. De este modo, en palabras de Chatterjee, “el nuevo patriarcado defendido por el nacionalismo investía a la mujer del honor de una nueva responsabilidad social y, al asociar la tarea de la emancipación femenina al objetivo histórico de alcanzar la condición de nación soberana, la ató a una subordinación nueva, aunque totalmente legítima.”¹³

En suma, el nacionalismo reformista hindú configuró en su discurso la figura de una mujer educada y letrada pero que no obstante, estaría lo suficientemente lejana de los modelos femeninos occidentales y de los estereotipos de la mujer de casta baja. Una vez que los nacionalistas hicieron la distinción nítida del plano cultural en dos ámbitos, el interno espiritual y el externo material, el constructo de la mujer, que figuraba y se desarrollaba en el primer ámbito, se convirtió en una cuestión no

¹² *Ibid.* p. 104

¹³ Chatterjee, “La nación ...”, p. 423

negociable y por ende, los cambios que por necesidad tenían que darse se harían en la esfera material externa, pero no se haría ninguna concesión en la esfera en la que debía mantenerse la esencia del ser hindú. La mujer era y sería, a pesar de su educación, la preservadora de la tradición, o sea de la esencia cultural que debía permanecer intacta. Ésta era la misión más importante que se le asignaba en el proyecto nacionalista. Concebida así, la mujer, emblemática de una nueva nación, devino en la fuente de instrucción fundamental que estaba en el seno del hogar. Así, el discurso nacionalista hindú abría amplios espacios para un discurso de género.

Bibliografía

-Chatterjee, Partha, “La nación y sus mujeres”, en Saurabh Dube, *Pasados poscoloniales. Colección de ensayos sobre la nueva historia y etnografía de la India*, México, El Colegio de México, 1999. p. 403-428.

----- *The Nation and its Fragments*. Princeton, Princeton University Press, 1993. 282 p.

-Mankekar, Purnima, *Screening culture, viewing politics: televisión, womanhood and nation in modern India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1999.

-Martin-Kershaw, Nancy. “Mirabai in the academy and the politics of identity”, en Mandakranta Bose, coord., *Faces of the feminine in ancient, medieval and modern India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 2000.

-Mazumdar, Sucheta, “Moving away from a secular vision? Women, nation, and the cultural construction of Hindu India” en Valentin Moghadam, *Identity, politics & women. Cultural reassertions and feminisms in international perspective*, Bolder, Westview Press, 1994. p. 243-273.

-Menon, Kalyani, “‘We will become Jijabai’: Historical tales of Hindu nationalist women in India” en *The Journal of Asian Studies*, vol. 64, no. 1, 2005. p. 103-126.

-Sarkar, Tanika, “Su libro, su vida. Autobiografía de una mujer del siglo XIX” en Saurabh Dube, *Pasados poscoloniales. Colección de ensayos sobre la nueva historia y etnografía de la India*, México, El Colegio de México, 1999. p. 253-296.

-Sen, Samita, “Towards a feminist politics? The Indian women’s movement in historical perspective”, en Kapadia, Karin, ed., *The violence of development. The politics of identity, gender and social inequalities in India*, Nueva Delhi, Zed Books, 2002. p. 459-524

-Walsh, Judith E., “What women learned when men gave them advice: rewriting patriarchy in late nineteenth century Bengal”, en *The Journal of Asian Studies*, vol. 56, no. 3, 1997. p. 162-182.